



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Disgregación-globalización

Autor: Bobbio, Norberto

Forma sugerida de citar: Bobbio, N. (1995). Disgregación-globalización. *Cuadernos Americanos*, 5(53), 108-110.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 53, (septiembre-octubre de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

DISGREGACIÓN-GLOBALIZACIÓN

Por Norberto BOBBIO
FILÓSOFO ITALIANO

REFLEXIONANDO SOBRE EL TEMA de la relación entre el proceso de disgregación y el de globalización, no desde el punto de vista de la actualidad, sino del de la filosofía de la historia, me planteo por empezar la cuestión preliminar frente a la discusión que seguirá: ¿El contraste entre las dos tendencias es un problema de nuestro tiempo o de todos los tiempos?

La respuesta me parece fuera de duda. Oponiéndonos a la teoría del progreso que ha caracterizado a la filosofía de la historia en el siglo pasado, estamos cada vez más convencidos de la marcha dialéctica de la historia, en una alternancia de tendencias contrastantes, por acción y reacción, por el choque continuo de fuerzas centrífugas y centripetas.

La caída del imperio romano dio origen a un fenómeno de disgregación a través del nacimiento de los reinos llamados bárbaros, a los cuales siguió un proceso de reunificación a través de la difusión de una religión universalista como el cristianismo y la creación del Sacro Imperio Romano. La ruptura de la unidad cristiana ha provocado las guerras de religión de las cuales surgió —para recomponer en una unidad el mundo civilizado de entonces— el *ius publicum europaeum*. Después del periodo de guerras revolucionarias y napoleónicas, nacieron las utopías y los movimientos pacifistas del siglo pasado, que tuvieron como comienzo ese pequeño y precioso libro que es *Proyecto de una paz perpetua* de Kant, cuyo segundo centenario se celebra en todo el mundo. El *ius publicum europaeum* se reveló demasiado frágil para evitar la conflagración de la Primera Guerra mundial. Al final de esta guerra, sin embargo, nació por primera vez en la historia una Sociedad de Naciones, del mismo modo que al final de la Segunda nació la Organización de las Naciones Unidas. Esta última ha tenido que enfrentar el imponente fenómeno del estallido del universo político

precedente, la descolonización, que ha causado y continuado causando guerras limitadas en el tiempo y en el espacio, pero no por ello menos feroces.

Los fenómenos actuales de disgregación que suscitan nuestra reflexión son, como siempre, el efecto de la ruptura de un sistema unitario, el cual, a su vez, había nacido para superar situaciones en las que dominaban fuerzas disgregadoras.

Me parece difícilmente discutible que la historia procede sin interrupciones entre las fuerzas de la disgregación —para retomar el título del coloquio— y las de la globalización.

En cuanto a saber si las primeras deben considerarse siempre como malélicas y las segundas como benéficas, esto es más difícil. Es más difícil porque la respuesta no se funda sobre un juicio histórico —juicio de hecho— sino que exige un juicio de valor sobre lo que es un bien y un mal. No tengo dudas en cuanto a la respuesta general: ha habido en la historia procesos disgregadores benéficos y procesos unificadores malélicos; pero lo digo con prudencia, ya que habría que evaluar cada caso por sí mismo.

Volviendo al plano de la filosofía de la historia, considero por el contrario indudable que una sed constante empuja a la humanidad no hacia lo particular, sino hacia lo universal.

Nada prueba mejor la constancia de esta aspiración que la confianza expresada en el curso de las edades en la realización progresiva de este proceso de unificación por la simple fuerza de las cosas. Entre el siglo XVIII y el XIX adquirió prestigio la tesis según la cual —para retomar la expresión bien conocida de Benjamin Constant— el espíritu de comercio iba lenta pero inevitablemente a superar el espíritu de conquista. Marx creía en el inevitable pasaje del reino de la necesidad al reino de la libertad, a través de la destrucción o el agotamiento del capitalismo (siguiendo interpretaciones diferentes y opuestas). Spencer estaba convencido de que la historia se movía inexorablemente de la sociedad militar hacia la sociedad industrial y hacia una vida en común pacífica.

En nuestros días esta tarea del universalismo es confiada al desarrollo de la investigación científica y al progreso tecnológico cada vez más vertiginoso. Cuando decimos “globalización” no hacemos otra cosa que comprobar los efectos, sobre lo que ya llamamos “aldea global”, de los instrumentos extremadamente poderosos de comunicación que sobrepasan todas las fronteras y establecen un contacto instantáneo entre todos los hombres.

El progreso técnico, con todas las transformaciones que derivan de él, es irreversible: desde el momento en que se produce un

instrumento mejor adaptado a un determinado fin, el viejo es descartado y pasa al museo de antiguallas. El problema más grave no es pues poner un freno, por otra parte imposible, a las resonantes conquistas de la técnica, sino crear instituciones que lleguen a dirigir su utilización hacia ciertos objetivos más que hacia otros.

En ninguna parte del mundo hoy en día existen tales instrumentos, ni siquiera en los países más avanzados desde este punto de vista, mientras que los que existen son insuficientes. La tentativa más grandiosa de globalización institucional realizada por la humanidad, la Organización de las Naciones Unidas, muestra, desde los primeros años, su insuficiencia. Colocada ante nuevos desafíos, se ha mostrado por debajo de la tarea en relación, y precisamente, a su objetivo más ambicioso y más innovador: el establecimiento de una fuerza armada internacional permanente, capaz de resolver conflictos internacionales limitando al máximo el derramamiento de sangre, en otras palabras, capaz de vencer las fuerzas de la disgregación. Lo que pasa en la ex Yugoslavia y pasó en Somalia representa una prueba dramática del fracaso de una gran ilusión.

La globalización por medio de la técnica avanza inexorablemente, pero la que pasa por las instituciones no logra seguirla.

Planteo el problema. No tengo propuesta sensata para resolverlo. No puedo sino que repetir lo que he dicho en otras circunstancias: el contraste entre la globalización por la técnica y todas las formas de disgregación social y política que nos devuelven a estados de barbarie intolerables es una entre las numerosas manifestaciones del contraste —irresuelto e insoluble— entre el progreso técnico y el progreso moral. Este contraste es tanto más grave hoy que el primero se va acelerando mientras que el segundo sigue siendo demasiado lento. También están los que ponen el acento sobre los angustiantes fenómenos de la regresión. ¿Qué hacer? Como siempre, antes que “hacer”, es necesario “comprender”. Es la tarea de los hombres de cultura, tarea cuya importancia actual no podría escapar a nuestra sociedad, en el momento mismo que en esta importante reunión afronta —según su larga y noble tradición— uno de los grandes contrastes de nuestro tiempo.

Traducción de Hernán G. H. Taboada